

GARCÍA MOSCARDÓ, Ester (2021): *Roque Barcia Martí. Auge y caída de un nuevo mesías revolucionario*. Granada: Comares. 304 pp. ISBN: 978-84-1369-156-5.

La imagen dominante de Roque Barcia que ha quedado para la historia es de lo más negativa: la de un personaje alucinado por fantasías políticas irrealizables y poco menos que perturbado en sus facultades mentales. No se puede negar que el principal animador de la insurrección cantonal responde a un perfil controvertido y, de hecho, le han dedicado un rosario de calificativos desfavorables: extravagante, ingenuo, peculiar, intransigente, polemista, apocalíptico, demagogo, patético, arrogante, exagerado... Ni siquiera fue buen orador, pero su disidencia político-religiosa le reportó penas de cárcel, emigración y un total de 66 excomuniones. Como hijo de su tiempo, a Barcia hay que situarlo esmeradamente en el contexto histórico que le tocó en suerte, de forma que se entienda mejor su periplo vital, y a este propósito se dirige la sugerente obra de Ester García Moscardó. Fruto de su tesis doctoral, la define como «un libro de historia biográfica sobre el republicanismo, su trayectoria en la segunda mitad del siglo XIX y la dinámica de la democracia en ese contexto». Un desafío que, según ella misma admite, no resultaba fácil por lo desconcertante del personaje.

El libro de García Moscardó es mucho más que una biografía, en la línea de otros especialistas que se han interesado por la vida de ciertos dirigentes republicanos al calor de la renovación de la historia de las culturas políticas. En este sentido, sin olvidar

trabajos fundamentales más antiguos, como el referencial de Álvarez Junco sobre Lerroux, de los últimos años cabría destacar la biografía de Ruiz Zorrilla abordada por Eduardo Higuera (2016) o varias de las contribuciones recogidas en los volúmenes colectivos editados por Javier Moreno Luzón (*Progresistas*, 2006), Rafael Serrano (*Figuras de la Gloriosa*, 2006), Manuel Pérez Ledesma e Isabel Burdiel (*Liberales eminentes*, 2008) o Demetrio Castro (*Líderes para el pueblo republicano*, 2015). Es de señalar que la documentación que fundamenta el trabajo de García Moscardó no se limita a las consabidas obras doctrinales y los fondos hemerográficos de rigor, sino que la autora también ha manejado algunas fuentes primarias de varios archivos de España, Francia y Portugal (epistolares, diplomáticas...). Esto le ha permitido redondear su análisis, ya que, desgraciadamente –y como sucede con el grueso de los adalides del republicanismo–, no se ha conservado ningún archivo personal de Barcia.

La investigación arranca del contexto familiar para desentrañar las circunstancias que marcaron su personalidad e ideario. Y ya en sus primeros textos se advierte «una acusada fatalidad» que le acompañará siempre. Barcia nunca llegó a cursar estudios superiores, pero a base de leer y viajar adquirió una formación que –relaciones sociales mediante– le despejó su carrera como literato. El ensanchamiento de la esfera pública en el Estado liberal avivó su deseo de labrarse una reputación por medio de la pluma, seducir a la opinión y forjar así una mezcla de gloria y liderazgo. García Moscardó

destaca «su concepción de la escritura como *magisterio* y *sacerdocio*», advirtiendo cómo, de hecho, se procuró una imagen pública de «evangelista del pueblo», autoerigiéndose en una especie de apóstol o guía.

Aparte del teatro, entre otros géneros, Barcia cultivó sobre todo el periodismo, colaborando en un amplio número de cabeceras desde sus inocentes comienzos en *La España Literaria* hasta sus beligerantes textos de *La Justicia Federal*, ya en 1873. En una primera fase, el componente político no afloraba en sus escritos, quizás por buscar fines moralizadores más respetables o transversales, pero la revolución de 1854 marcó un punto de inflexión; y no digamos la de 1868, a partir de la cual «multiplicó su presencia pública» y su entrega al propagandismo se tornó absoluta, hasta alcanzar el cénit de su popularidad. Entretanto, Barcia había evolucionado desde un difuso progresismo democrático hasta posiciones netamente republicano-federales, que incluyeron el desempeño de cargos en el partido y en las instituciones (aunque como diputado, aclara la autora, «su actuación fue poco relevante»). Su producción doctrinal en estos años resultó febril. García Moscardó indaga en el posible impacto de sus trabajos y constata que de algunos folletos se hicieron tiradas de varios miles de ejemplares. Además, el que hubiera quienes se aprendieron de memoria algunos textos para su difusión oral le suscita la hipótesis, muy plausible, de que los hubiera concebido desde el inicio para ese fin.

La trayectoria de Barcia, en palabras de la autora, se presenta «jalonada

de giros, rupturas, tropiezos y contradicciones». Y efectivamente, las hay tan llamativas como figurar en el entorno de Emilio Castelar hasta bien entrado el Sexenio para luego terminar liderando la sublevación cantonal que el propio tribuno gaditano ordenó aplastar siendo presidente. El libro plantea algunas hipótesis explicativas sobre ese cambio que también constituyen una gran aportación. La autora deja claro, por lo demás, que «no se puede vincular a Barcia con un proyecto socialista ni obrerista», aun cuando pudieran compartir categorías discursivas. Sí que debe considerársele un revolucionario, pero admitiendo también que, para él, la revolución iba más allá de la mera insurrección, en el sentido de que había que «fabricar un mundo nuevo».

Uno de los aspectos más destacados del libro radica en las claves que aporta para comprender la difusión del republicanismo a partir de las apelaciones emocionales, que servían para generar identidad, adhesiones y vínculos políticos. Este fenómeno lo ilustra Barcia mejor que nadie, pues aseguraba que «hay ideas que no se pueden dar a conocer, sino que es preciso hacerlas sentir». De hecho, logró entusiasmar con un estilo peculiar que oscilaba «entre la agresividad y el sentimentalismo, entre la sublimidad y el ridículo». Testimonios diversos avalan su capacidad para conectar con las masas populares y seducir intuitivamente a legiones de adeptos que ni siquiera tenían por qué haber asimilado las doctrinas que predicaba. Así, el lenguaje afectivo llegaba a todo el mundo y dominaba sobre lo racional cuando, en algunas ciudades, miles de personas lo seguían por la

calle; o cuando, en un alarde de «sentimentalidad desbordada», se proponía emular a la figura de Cristo como mártir doliente de la libertad o como líder mesiánico: «abrazaba a los menesterosos, besaba a los niños y lloraba con todos».

Efectivamente, uno de los rasgos que caracterizaron los discursos de Barcia fue la retórica cristiana, que aplica en su particular lectura de la democracia, a su juicio avalada por la historia y por el evangelio. No dejaba de ser un hombre de profundas convicciones religiosas, que se creía en posesión de una verdad absoluta que en materia política cifraba en la república democrática federal, que, de acuerdo con una narrativa providencial, habría de redimir a la patria y emancipar al pueblo bajo su liderazgo espiritual. Esa base religiosa, con una recurrente exaltación de la figura de Cristo, le valía para dotar de significado al mundo social y construir su propia identidad. Ni que decir tiene que esto no impidió contundentes críticas al clericalismo y a la ortodoxia católica oficial.

En esos parámetros interpretativos se desarrolló su actividad propagandística, que García Moscardó examina con lucidez, descifrando las claves de una filosofía política que, en lo esencial, apenas varió al correr de los años. En materia doctrinal, lo que llamaba su «sistema» político y social se definía, por lo pronto, como antimonárquico, puesto que la existencia de un rey vulneraba el principio de igualdad entre los hombres instituido por el creador. Asimismo, resultaban medulares su noción de la soberanía, el componente secularizador y un ejercicio de

la libertad que conducía, «de manera espontánea, al mejoramiento social». En su cosmovisión, la «consecuencia natural del progreso» era la república federal y la emancipación del hombre, consagrando el «derecho político», en clave federal ascendente, en las distintas esferas de soberanía que iban desde el individuo, pasando por el municipio, hasta la nación. Su «verdad política», en fin, operaba como una «verdad religiosa» que defendió con «absoluta intransigencia», viendo en esta firmeza de principios una virtud.

La obra, por lo demás, aporta numerosas claves para ampliar el conocimiento del republicanismo decimonónico en general, de las luchas que tensionaron el Sexenio, de las polémicas en torno a la definición de la democracia, del alcance del llamado derecho de insurrección o del exilio político en Portugal, entre otras cuestiones. A la postre, como sostiene la autora, la figura de Barcia se revela «nodal para comprender algunos de los procesos y problemas fundamentales de la contemporaneidad española y también europea».

Roque Barcia, al parecer, no podía habitar pisos altos, y García Moscardó sugiere en un pasaje que quizás se debió a un trastorno de acrofobia. Cualesquiera que fueran sus miedos en la vida, está claro que ningún temor disuadió a Barcia de lanzarse a abanderar el cantón que puso en jaque al gobierno de la República. Y eso que tampoco encaja en el perfil de lo que se entendía por «hombre de acción». Sea como fuere, nuestro personaje terminó relegado al ostracismo: consagró sus últimos años a redactar un *Diccionario general etimológico* que nadie quería publicarle

y murió en medio de una demoledora indiferencia. Como reflexiona la autora, era «un triste corolario para la vida de una de las personalidades esenciales de la democracia española decimonónica, fundamental para comprender la cultura política republicana». Cabría añadir que este libro de García Moscardó,

editado por Comares, ha venido a compensar otra indiferencia, la historiográfica, que resultaba tan llamativa como la anterior.

Sergio Sánchez Collantes

*Universidad de Burgos*

<https://orcid.org/0000-0003-3988-9639>